

hace es animarlo y vivificarlo para que llegue al fin de la bienaventuranza y, por ello, la virtud llega a ser perfecta. Sin la caridad existen, pues, virtudes verdaderas, ya que mantienen su objeto y su capacidad operativa, pero no son virtudes perfectas, porque ellas solas no pueden conducir al hombre a la bienaventuranza, que sólo puede provenir de un don divino.

Para comprender *el sentido de la acción humana* en todas sus dimensiones, hay que partir de que ésta no puede reducirse a los bienes ontológicos que están en juego o a las consecuencias que se producen. Su sentido humano nace de la intuición de la atracción que un fin ejerce sobre la persona: la acción se concibe, entonces, desde el amor a un fin, digno de ser amado por sí mismo y, desde él, la prudencia es capaz de inventar y producir una acción que actualice ese amor.

Toda acción humana implica un acto de voluntad guiado por la inteligencia. Para que la voluntad humana pueda determinarse por una acción, es preciso que tenga una razón para ello: esta razón expresa el motivo o el fin que guía la voluntad y que responde a la pregunta: *por qué*, o mejor, *para qué* quiero yo tal acción. De esta manera, la intención de la voluntad que se dirige a un determinado fin especifica esa acción en su contenido. El objeto moral de una acción queda así especificado por la intención primera o próxima del sujeto que actúa, como señala la encíclica *Veritatis splendor* en el número 78.

De esta manera los fines próximos (objeto de elección) son englobados en fines superiores (objeto de la intención) hasta llegar a un fin que es querido de forma necesaria, esto es, el deseo de alcanzar una vida lograda o feliz. Lo que constituye el sentido humano de la acción es precisamente la unidad intencional que existe entre todos los fines pretendidos según un orden concreto.

M. MASATS

Manuel Belda, *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología espiritual*, Palabra («Colección Pelicano»), Madrid 2006, 366 pp., 17 x 24, ISBN 84-9840-006-6.

El Prof. Manuel Belda (Universidad Pontificia de la Santa Cruz, Roma) nos ofrece este Curso de Teología Espiritual, fruto de su investigación y docencia a lo largo de numerosos años. Se trata de una excelente *Guía* para el estudio teológico de la vida espiritual cristiana. Una guía *autorizada* por su reconocida sabiduría, *innovadora* porque recoge —junto a otras grandes figuras de la espiritualidad cristiana— la enseñanza de San Josemaría Escrivá, *actual* puesto que el objetivo primario del libro —más que dirigirse a la persona que acom-

pañá espiritualmente a otras almas— es mostrar al cristiano «de a pie» la belleza de la vida cristiana, de su vida ordinaria de cada día. Para analizar su trabajo me voy a centrar en tres aspectos: el esquema aportado, el método utilizado y un comentario a los temas que me parecen más relevantes.

Está escrito con gran claridad y sencillez, tanto en el lenguaje como en la sistemática. Desde que se abandonó la presentación antigua de los Manuales de Teología Espiritual en torno a las tres etapas o edades de la vida espiritual, cada Autor suele exponer la materia siguiendo su propio esquema. En el libro que nos ocupa, además de una parte introductoria donde describe el «Estatuto científico de la Teología espiritual» (capítulo 1), un comienzo clásico en los diversos Manuales, el trabajo se divide en cuatro partes.

En la 1ª, «Vocación a la plenitud de la vida espiritual», estudia la llamada a la santidad como llamada universal y como vocación personal. La elección de este motivo como punto de partida de la reflexión es, sin duda, un acierto desde el punto de vista epistemológico, pues la llamada es el detonante que lleva al seguimiento. Con todo, pienso que también podría incluirse aquí el tema de la misión apostólica (capítulo 9). La vocación cristiana es llamada a la santidad y al apostolado: ambas dimensiones van unidas, son inseparables dentro de la vida espiritual, precisamente porque la vida espiritual es toda la vida de la persona.

El fundamento teológico de la vida espiritual es trinitario, porque la vida cristiana es antes que nada vida de comunión con Dios. De ahí que la Parte 2ª pase a estudiar la «Comunión con la Santísima Trinidad», donde se analizan la inhabitación trinitaria, la filiación divina, la identificación con Cristo y la vida según el Espíritu.

Una vez identificado y explicado el núcleo de la vida espiritual, en función de distintas caracterizaciones, según la relación al Padre, a Jesucristo o al Espíritu Santo, la Parte 3ª trata los rasgos centrales de la vida espiritual. De esta manera, bajo el título «Dimensiones constitutivas de la vida espiritual», habla de las relaciones entre vida espiritual e Iglesia (dimensión litúrgica y apostólica), la dimensión mariana de la vida cristiana y la relación entre la vida espiritual y el mundo, especificando la noción de secularidad.

Por último, en la Parte 4ª, destaca que la vida espiritual es la respuesta humana al ofrecimiento divino de amistad. Así «el dinamismo de la vida espiritual» estudia las claves de esta respuesta: la vida teologal fundada en la fe, esperanza y caridad, y unida al resto de las virtudes (las virtudes humanas y la humildad en especial); la lucha interior; la oración y la contemplación.

Tras esta somera descripción, junto a la claridad y sencillez del esquema, podemos destacar su solidez y coherencia. La profundización en el núcleo de la

vida espiritual como vida de comunión con la Trinidad y en sus dimensiones constitutivas (la vida espiritual cristiana se desarrolla siempre dentro de las coordenadas Iglesia, María y mundo), lleva hacia y facilita la explicación de la dinámica interna y externa de esa vida.

Dentro de esta estructura global coherente y lógica, hay un punto en el que personalmente me gustaría ofrecer un matiz. Se refiere a la colocación de los dos últimos temas: «Ascética y mística» (capítulo 18) y «Etapas y fases de la vida espiritual» (capítulo 19). Con este final la conclusión del libro es un tanto brusca; otros autores eligen en cambio acabar con el estudio de la unidad de vida espiritual. Si se sitúan en el inicio la ascética, la mística y el progreso espiritual, se puede explicar mejor que existe un dinamismo en la vida cristiana y que debemos intentar delimitar su progresión, tal y como se ha venido haciendo a lo largo de la historia de la espiritualidad.

Respecto a la metodología, cada capítulo, con algunas salvedades, se constituye según una estructura fija. En primer lugar la enseñanza de la Sagrada Escritura, seguidamente la doctrina del magisterio de la Iglesia a lo largo de los siglos, luego la elaboración teológica y al final el testimonio existencial de los santos (siguiendo el orden cronológico). Este método tan ordenado permite una exposición rica, variada y clara de los distintos argumentos. Por otro lado, esconde una paciente labor de recopilación de textos y citas magistrales por su belleza y elocuencia, que el lector agradece.

En algunas ocasiones, la profusión de citas dificulta la elaboración de la síntesis especulativa que profundice en el argumento. Es preciso leer los textos con detenimiento para lograr su conexión, pero se podría facilitar con un razonamiento conclusivo elaborado sobre esos textos.

El comentario tema a tema es imposible, puesto que está presente un número considerable de argumentos y problemas interesantes y bien tratados. En el fondo todos los importantes y necesarios, que no pueden faltar. Por ello voy a presentar unos cuantos, los que me parecen más significativos, los que reflejan la actualidad de esta Teología espiritual frente a formulaciones anteriores.

1. El tratamiento de la llamada universal a la santidad (capítulo 2), de la vocación personal de todo cristiano (capítulo 3), así como de la dimensión apostólica de la vida espiritual (capítulo 9), no sólo es un tema de radical actualidad sino que debe configurar la teología espiritual de hoy día siguiendo las directrices del Concilio Vaticano II. La vida espiritual cristiana es fruto de una llamada —*vocación*— personal de Dios a la santidad y al apostolado. El designio divino de salvación hace que toda vida espiritual auténticamente cristiana tenga una dimensión apostólica. La santidad es personal o individual, pero no

individualista; porque insertado en la Iglesia, el cristiano que se santifica ha de santificar a los demás (p. 181). No se pueden separar estas tres realidades porque «la vocación cristiana es una llamada a la santidad y al apostolado» (p. 190).

2. El capítulo 8 sobre Iglesia, liturgia y espiritualidad aborda uno de los temas destacados del Manual. La reflexión sobre la liturgia y la Sagrada Escritura, en el fondo sobre la Eucaristía, configura la teología espiritual originada por el Vaticano II que se hace hoy día. «La Iglesia es el lugar del encuentro del cristiano con Cristo», «al mismo tiempo, la Iglesia es el lugar de la comunicación del Espíritu Santo». «Por consiguiente, la vida espiritual tiene, necesariamente, una dimensión eclesial, ya que sólo en la iglesia los fieles pueden entrar en comunión con la vida trinitaria» (pp. 161-162). Por ello, «la espiritualidad cristiana es una *espiritualidad bautismal*: desarrollo armónico y coherente de la semilla de gracia que el Bautismo deposita en el alma del fiel» (p. 163), y «la vida espiritual del cristiano es esencialmente litúrgica, porque se nutre primordialmente de la liturgia» (p. 164).

Pero los sacramentos no son conductos de la gracia paralelos a la vida, sino «un único organismo vital que define el perfil cristocéntrico de nuestra vida espiritual, esto es, por medio del cual nos configuramos a Cristo» (p. 169). El centro y raíz de esa vida espiritual es la Eucaristía. «En definitiva, todo cristiano está invitado a ejercer su sacerdocio común ofreciendo a Dios un culto espiritual mediante la entrega de la propia vida, poniendo a disposición de Dios todo su ser y su obrar, en íntima unión con la entrega de Cristo en la Eucaristía. El altar donde se ejerce este sacerdocio es su propio corazón; y todas las realidades humanas limpias y nobles son susceptibles de ser santificadas y ofrecidas a Dios, de modo que el propio lugar de trabajo se convierte, a la vez, en templo y espacio de misión del cristiano» (p. 179). Como dice Juan Pablo II: «De un concepto tal del culto eucarístico surge, a continuación, todo *el estilo sacramental de la vida del cristiano*» (Carta *Dominicae Cena*e, n. 7).

3. Otro tema esencial es la relación entre vida espiritual y mundo (capítulo 11), que afronta al abordar la noción de secularidad cristiana. Los rasgos esenciales de la vida espiritual del laico se dibujan en torno a dos coordenadas. La vertical es el seguimiento de Cristo, la horizontal es la misión específica del laico: la santificación del mundo desde dentro (p. 220). La clave está en afirmar que ambas coordenadas —seguimiento de Cristo y santificación del mundo— son inseparables y que su posibilidad radica en una vida de ejercicio continuo de fe, esperanza y caridad, y con ellas del resto de virtudes: pobreza, humildad, fortaleza, prudencia, etc.

4. El punto anterior da sentido al estudio de la dinámica de la vida espiritual a partir del tratado de las virtudes, teologales y humanas. Especialmen-

te habría que destacar el capítulo 13 sobre las virtudes humanas del cristiano. No sólo porque centra la lucha ascética en la lucha por las virtudes humanas, sino porque detrás del planteamiento de la vida virtuosa está la identificación con Cristo (p. 245), perfecto Dios y Hombre; y por tanto el que la vida cristiana es la vida humana en plenitud.

Las virtudes humanas están conectadas unas con otras por la caridad, además no como algo externo sino íntimamente. «La caridad las une, en primer lugar, porque las informa desde dentro del sujeto, elevando la voluntad, que es como el motor de toda la conducta; y en segundo lugar, porque hace converger los mismo, objetos de todas las virtudes hacia el mismo fin, de modo que, cuando las virtudes están informadas por la caridad, los bienes que son objeto de cada una tienden a fundirse en el sumo Bien» (p. 261).

5. Finalmente, una anotación sobre oración y contemplación, tema al que el Autor ha dedicado múltiples trabajos. En concreto, merece la atención su análisis de la «contemplación en medio del mundo» (pp. 329-338), sobre todo por su audacia. Aparece al final del estudio, después de haber descrito la experiencia contemplativa y la oración contemplativa. Colocar ahí, y como colofón final, ese argumento —muy elaborado— es una novedad importante. Se trata de exponer la íntima relación entre contemplación, trabajo y vida ordinaria en el cristiano, a la luz de la enseñanza de San Josemaría Escrivá.

El mensaje va dirigido a los fieles laicos, que deben aspirar a conducir una existencia contemplativa, en y a través de su vida ordinaria. «La posibilidad de alcanzar esta experiencia contemplativa continua depende estrechamente de la santificación en medio del mundo a través del trabajo profesional» (p. 331). Esta santificación del trabajo se sintetiza en la fórmula: *santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar a los demás con el trabajo*, es decir, «la santidad personal (*santificarse en el trabajo*) y el apostolado (*santificar con el trabajo*) no son realidades que se alcanzan sólo con ocasión del trabajo, como si este fuera algo marginal a la santidad, sino precisamente a través del trabajo, que ha de ser santificado en sí mismo (*santificar el trabajo*). (...) El cristiano corriente debe santificarse no sólo *mientras* trabaja, sino también precisamente *por medio* de su trabajo, que, de este modo, se convierte en medio de santificación» (pp. 331-332). Además, subraya que «la contemplación en medio del mundo es *verdadera oración contemplativa*, y no una contemplación rebajada o de segunda categoría» (p. 336), en paralelo a que la santidad cristiana es única y la misma.

El cristiano, por la acción de la gracia, consigue introducir esta novedad en el mundo. No es algo que surge del mundo, sino de Cristo y el Espíritu Santo. Los dos polos de la novedad que representa esta doctrina espiritual son: el

qué, puesto que hablamos de contemplación en sentido total, pero de contemplación para el fiel laico, metido en el mundo; y el cómo, a través de las cosas del mundo, porque el laico no debe salir de su sitio para glorificar a Dios, sino que debe glorificarle y realizar la misión de la Iglesia de elevar el mundo a Dios desde donde está y con lo que tiene entre manos.

Pablo MARTI

Ramiro PELLITERO, *Teología Pastoral. Panorámica y perspectivas. Una eclesiología práctica al alcance de todos*, Grafite ediciones, Baracaldo 2006, 255 pp., 14 x 21, ISBN 84-96281-39-6.

El Prof. Ramiro Pellitero presenta en este libro un conjunto de trabajos en los que estudia diversas cuestiones de interés, todas ellas relacionadas con la Teología Pastoral. A lo largo de los cinco capítulos que integran el libro aborda la necesaria clarificación semántica del término «pastoral» para poder delimitar el objeto de estudio de la Teología Pastoral; examina el significado y el alcance que tiene el hecho de haber sido definido el Concilio Vaticano II como un «concilio pastoral», y afronta la compleja cuestión de la relación entre *teología* y *pastoral*. En el cuarto capítulo encontramos un sugerente estudio sobre la comprensión de la pastoral a partir de la categoría bíblica de «edificación». Concluye con una propuesta de organización didáctica de la disciplina «Teología pastoral» en el *currículum* de los estudios teológicos.

Los trabajos están repartidos entre las dos partes que integran el libro. En la primera, que consta de dos capítulos, se abordan los temas de carácter introductorio que son ya clásicos en los nuevos manuales y en muchas recientes monografías. Se trata de una visión histórica del recorrido científico de la Teología Pastoral, desde su inicio en el s. XVIII hasta nuestros días, en busca de su estatuto epistemológico y didáctico. Es particularmente útil la valoración de cuanto se ha escrito de importancia sobre el tema después del Concilio en las diversas áreas lingüísticas (germana, francófona, italiana, española, anglófona). Sigue un estudio sobre el objeto y método de la *nueva* disciplina, de su inserción en el ámbito de la Teología, y de su relación con las demás disciplinas.

En la segunda parte del libro, integrada también por otros dos capítulos, el Prof. Pellitero se interesa en primer lugar por algunos temas bíblicos que ocupan un lugar relevante en la reflexión teológico-pastoral. Concretamente, el de las relaciones entre Biblia y Pastoral, y el de la figura del Buen Pastor con todas las derivaciones de la metáfora en los libros proféticos, en los Sinópticos y, especialmente, en el evangelio de Juan. Posteriormente el examen de la trilogía de